

El hijo

Me llamaron del laboratorio para decirme que no entendían muy bien lo que pedía esa paciente, y yo me ofrecí a hablar con ella directamente. Es mejor hablar en persona y no por teléfono, les dije.

Al día siguiente acudió a la clínica una pareja de mediana edad, con un fuerte acento de Europa del este, pero con un castellano perfecto y fluido.

La primera frase fue demoledora: su hijo había fallecido hacía casi un año y las muestras de semen estaban criopreservadas en un Hospital público. Les habían avisado que tenían que decidir el destino de las dosis antes de que finalizara el año, como así está previsto por la Ley.

Conforme avanzaba la conversación, más me iba introduciendo en sus vidas aún sin quererlo. El hijo tenía 22 años y era, como no podía ser de otro modo, un muchacho magnífico. Había luchado con denuedo frente a un tumor cerebral y la esperanza les inundó cuando, tras muchos meses de quimioterapias, internamientos y dolor, pareció remitir la enfermedad y su estado de salud mejoró ostensiblemente.

La madre desgranó sus recuerdos acompañado del mudo asentimiento del padre, cuyo rostro reflejaba el dolor que no puede expresarse con palabras. A pesar de luchar contra las lágrimas, la presa de sus ojos no logró detener el torrente, que avanzó sin medida inundándolo todo. Y a mí. Que sin poder evitarlo me unía a su tristeza, con la única herramienta de la escucha.

El relato proseguía iluminado por sus anhelos pasados, los proyectos con el hijo, cuya condición de único les había hecho volcarse en una proyección sin

límites. Pero, ¿cómo poder mitigar ese dolor? Ningún argumento me parecía válido. Las palabras no tenían valor para mí. ¿Cómo podrían tenerlas para ellos?

Me habló la madre de su nuera, que aún después de la desaparición de su hijo, vivía con ellos. De su condición, ya de hija, lo poco que les quedaba como hilo conductor de su existencia, solo provista de recuerdos. Ella también provenía de aquella ciudad lejana donde se criaron, para posteriormente emigrar a nuestro país en busca de una nueva vida.

Y ya imaginaban juntos como sería esa familia en un futuro inexistente. Los nietos de ambos, la nuera ya hija, la continuidad o, mejor aún, el empezar de nuevo una existencia que ellos nunca pudieron llevar. Su pasado quedaba enterrado en el futuro de ese hijo.

Pero todo ello se fue desvaneciendo hasta la nada. Muchas veces nos preguntamos por ese concepto, difícil de entender. ¿Qué es la nada? ¿Cómo podemos imaginarla? Y en un breve instante lo entendí. La nada es esto. Es el vacío sin fin. Es un hueco en la existencia que jamás se podrá, no colmar, ni siquiera llenar de algo.

Su relato continuó en el punto en el que era inevitable mi intervención. Sobre el deseo del hijo de formar una familia. Y en los peores momentos de la enfermedad, ambos comunicaron su pretensión de poder utilizar el semen congelado en caso de fallecimiento, para que la novia pudiera quedar embarazada.

E intentando apartar al rincón más profundo de mi ser mis emociones, que en nada favorecerían la situación, les expliqué la necesidad de un consentimiento firmado por el hijo, así como la presencia de la novia que ratificara su deseo.

Un rayo de luz iluminó el rostro de ambos. Era como si se les hubiera abierto una puerta a otra esperanza distinta: el anhelo de ver perpetuado a su hijo en un nieto.

Me dijeron que buscarían todos los papeles que tuvieran, aunque era difícil que encontraran algo, puesto que después de su muerte tiraron a la basura todo lo que tuviera relación con el Hospital y su enfermedad.

Así que quedamos en vernos al día siguiente.

Mientras tanto, por si acaso no encontraban nada, llamé al Hospital donde guardaban el semen del hijo, y donde le habían tratado la enfermedad. Hablé con la enfermera encargada del Banco de Semen, que recordaba perfectamente al paciente. Y quedó en enviarme por correo el consentimiento informado que firmó cuando congeló las muestras.

Cuando recibí el consentimiento supe de inmediato que no había nada que hacer. En el mismo no se especificaba la posibilidad de utilizar las dosis *post mortem*, por lo que, aun habiéndolo deseado, no existía ninguna prueba fehaciente de ello.

Al día siguiente volvieron a acudir a la Clínica, agradecidos, esperanzados y llenos de ilusión. Pero solos.

Llevaban los papeles que habían encontrado, esto es, el mismo consentimiento que me habían enviado del Hospital, y un papel manuscrito que, según ellos,

era del hijo. En éste, especificaba su deseo de que las dosis de semen, en caso de fallecimiento, se empleasen para realizar una técnica de reproducción asistida a su novia.

Les pregunté por ella a los padres, pero me dieron una vaga explicación sobre su ausencia.

Les expliqué la nula validez legal de ese papel, y la falta de firma para ello en el consentimiento informado.

Nunca sabré si el testimonio del hijo era auténtico o no. Nunca sabré si ese muchacho deseaba verdaderamente que su novia tuviera un hijo de él después de muerto. Nunca sabré si la novia consentía en ello. Pero lo que sé es que nunca podré olvidar la desolación absoluta de esos padres.

Es muy probable que después de su fallecimiento, los padres tuvieran ese último anhelo de poder revivirlo. Y entendía toda la serie de valores que podían lesionarse en caso de utilizar esas muestras de semen (al margen de cometer una ilegalidad...)

Pero también entendí, y viví por dentro la desesperanza, el fracaso absoluto, y el sentimiento de esos padres que veían como la muerte había vencido a la vida. Y fue entonces, comprendiendo que ya no existían palabras, cuando di un paso al frente y atravesando el obstáculo de la mesa que nos separaba, me fundí en un abrazo sin fin con la pareja en mi último intento de consuelo.

